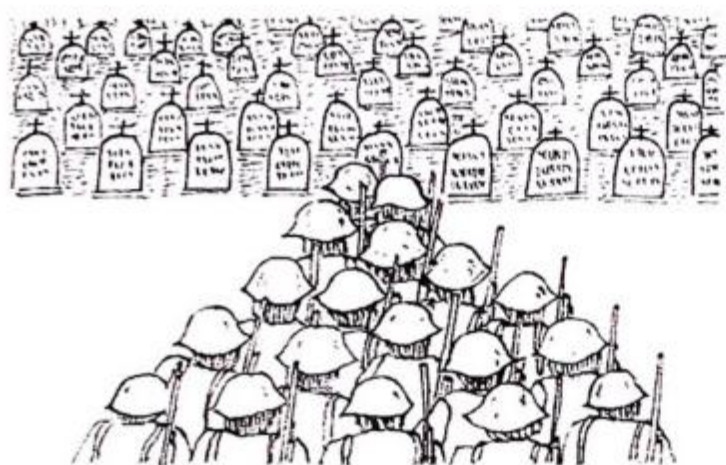


pues Palacio fue perdiendo la vista gradualmente. Tras morir Vargas Vila, el hijo adoptivo vivió en Cuba, donde murió en la miseria en 1953, en el asilo de Santoventa. Hay, sin embargo, trozos de esta edición del *Diario* que resultan inexplicables para el lector inadvertido, pues nunca nos dicen nada de la enfermedad del hijo.



Vargas Vila escribía como un poseído. Muchas de las entradas del diario son para decir que está empezando o que ha terminado de escribir un libro como quien termina el desayuno: “Si a mí una página me costara veinte minutos de esfuerzo, o un libro veinte meses para escribirlo, no lo habría escrito nunca”, dice en un aparte, por cierto tampoco incluido en esta selección.

Pero lo que me parece más importante resaltar es la cantidad de pensamiento serio y de profundidad filosófica que campean a lo largo del diario. Su ironía sorprendente y amarga nos regala magistrales *remarques*, como cuando comenta, el 1 de noviembre de 1925, que han muerto un sabio (José Ingenieros) y un mimo (Max Linder) y que la prensa, por supuesto, dedica todo el espacio al mimo: “Aquél que hacía reír resulta ahora más interesante que el que hacía pensar”.

A veces, incluso, alcanza grandeza: “Conocer su misión y cumplirla: ser fiel a ella, fiel en el dolor y en la adversidad, sin salir nunca de ella, he ahí la única manera de cumplir una misión y de llenar una Vida”.

“Los hombres son incidentes insignificantes en mi Vida, donde las ideas han sido todo”, y agrega: “Mis libros han inspirado el Odio, la Admiración, el Elogio y el Dicterio; lo verdaderamente digno de inspirar

respeto, que ha sido mi Vida, eso nadie lo ha conocido...”.

No pocas son las frases dignas de recuerdo. Hago una brevísima antología:

“Sería muy triste nuestra condición de escritores si escribiéramos para el placer de los otros y no para nuestro propio placer”.

“Impregnarse del ambiente que los circuye es propio de los espíritus débiles, cuya porosidad adiposa los hace aptos para la absorción de todas las vulgaridades” (marzo de 1917).

“Ser el Dios de Sí Mismo, es la única manera de hacer tolerable a Dios, sin mengua y sin esclavitud” (agosto de 1918).

“Todo beso es un perjurio en ciernes; la Aurora de una Traición” (abril de 1930).

“Cuando una sociedad me fastidia, hablo inmediatamente de moral; quedo solo; no hay polvos insecticidas iguales a esa palabra”. (agosto de 1920).

“Una confesión de principios oculta casi siempre fines que no pueden confesarse”.



“¿Quién podría asegurarnos que una oruga en su pequeñez no cree haber creado el Sol? pero... nuestro Orgullo no nos permite creer que las orugas piensan”.

“No se tiene nunca sino su propio temperamento; es en vano ensayar otro”.

La lectura de Vargas Vila ha sido una de mis secretas y constantes vergüenzas, y he leído una buena cantidad de sus libros, más que nada impulsado por la obsesión de elaborar una antología de sus insultos, que son inmejorables.

Este es, sin duda, “el libro” de Vargas Vila, el que quedará para la posteridad. Puedo decir sin vacilación ninguna que el *Diario* es de lejos el mejor de los libros de Vargas Vila, y eso que los hay buenos, aunque no se crea, como *Los césares de la decadencia*. A mí no me cabe duda. A Vargas Vila tampoco: “A veces creo que este Diario es el libro que habrá de sobrevivirme”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Si tuviera comillas...

Germán Arciniegas.

Cien años de vida para contar

Antonio Cacia Prada

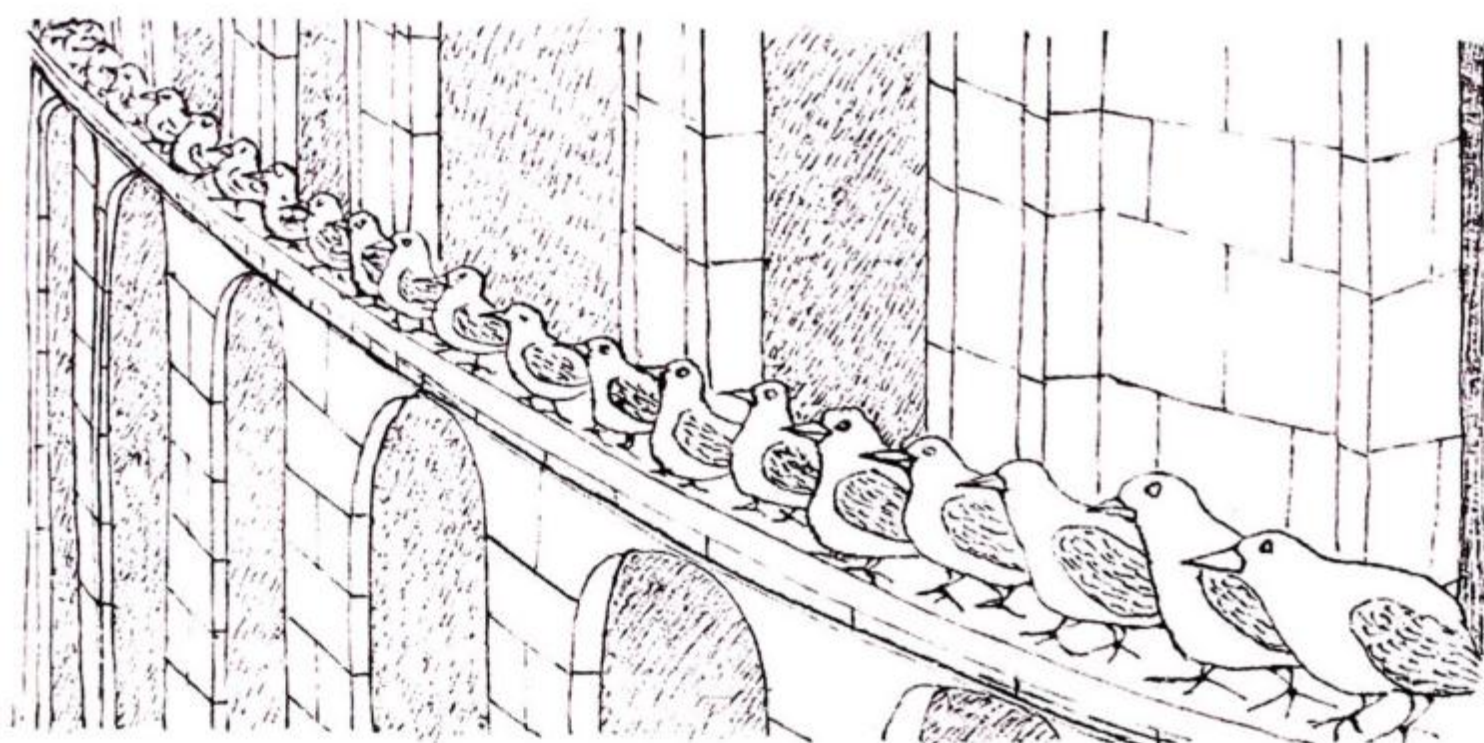
Universidad Central, Bogotá, 1999,
2 vols.

¿Imagina el lector quién será el autor de la primera biografía póstuma de Germán Arciniegas o, por decir lo menos, del noventa y cinco por ciento de ella? Pues no se extrañe si le digo que es el propio Germán Arciniegas; y con prólogo inédito, por lo demás, y especialmente escrito para después de su muerte. En el prólogo, más o menos, explica por qué se murió —algún lamentable descuido— y pide excusas por haberse muerto y casi... que nos cuenta lo que se ha dedicado a hacer desde entonces y la multitud de planes que tiene en el cielo.

La primera frase es por demás de antología y lo retrata de cuerpo entero: “Cacia Prada, amigo mío si los tengo, ha cometido la humorada, que no es la primera, de mostrarme este libro póstumo”. De modo que si alguien desea incluirlo en el catálogo de las obras de Arciniegas, bien puede hacerlo con entera libertad y toda justicia. El historiador Antonio Cacia Prada se ha encargado de grabar la voz de su amigo y de tomar notas en largas sesiones en las últimas tardes quizá que vivió nuestro casi centenario escritor, y de orde-

narlas. El resultado es este voluminoso trabajo, de edición más que espléndida, en un papel de mucha calidad y con una buena cantidad de fotografías a todo color y buena resolución. La presentación es en verdad extraordinaria.

hizo Germán Arciniegas. Un día de Arciniegas era el equivalente de veinte días de cualquier otro, por vital que fuese. De ahí que este libro pudiera llamarse igualmente *Elogio de la vitalidad...* No sorprenda a nadie que un hombre con tanta



Aparte de ello, el resultado literario tiene sus altas y sus bajas, sus más y sus menos. Lo primero, y no puedo dejar de mencionarlo porque es lo más importante, es que si este par de hermosos libros conocieran el buen uso de las comillas, harían de ésta una gran obra, no sólo comprensiva sino fundamental para el estudio de la vida y la obra del colombiano más universal de todos los tiempos. Y es que sospecho que no sólo se trata de testimonio oral sino que, al parecer, Cacua Prada extrae de entre la innumerable obra del maestro todos los trozos autobiográficos que encuentra, para ayudarse a terminar el gran fresco de esta vida centenaria, puesto que vamos descubriendo en la lectura, a pesar de la falta de comillas, que se trata de fragmentos de muchas de sus crónicas y notas en la prensa; en el segundo volumen es claro que se publican, casi sin intervención del biógrafo, muchas de las notas que durante sus últimos años Arciniegas dejó en *El Tiempo*, que están, desde luego, inéditas por ahora en libro y que con frecuencia son un paradójico modelo de jovialidad y juventud.

Éste es un libro de una riqueza extraordinaria, como la vida del biografiado. Nuestros días en la tierra son veinte mil, a lo sumo treinta mil, y deberíamos aprovecharlos como lo

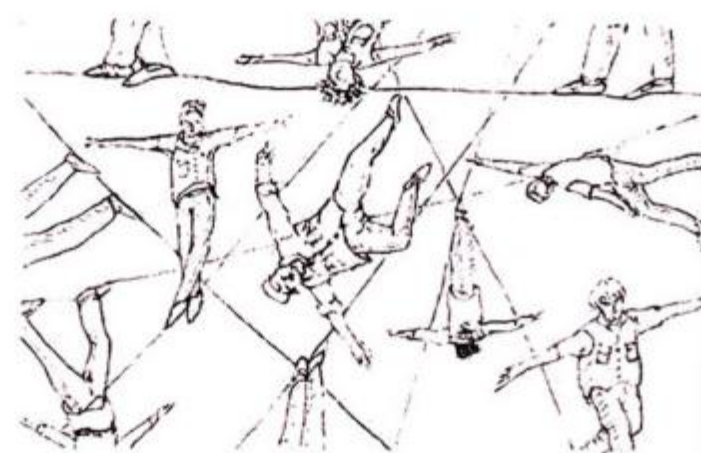
vitalidad tenía que tardar en morir. Decía que esa fortaleza se debía a la mucha leche de vaca que bebió a las tres de la mañana en los establos de la finca de su padre, con azúcar y brandy Hennessy 3 estrellas.

El propio Germán Arciniegas nos va llevando de la mano por su larga vida, desde cuando su abuelo cubano llegó a Colombia para trabajar con el legendario ingeniero Francisco Javier Cisneros. Su padre formó una sociedad de guaqueros y fundó el Gun Club, donde en sus últimos años don Germán no dejó de asistir al puchero de los miércoles.

Nació Germán Arciniegas en zona rural, en una carretera de arena que unía las poblaciones de Bogotá y Chapinero. Bogotá terminaba en la calle 24, limitada por la hondonada del río, un camellón por donde hoy corre la 26, que ya iba hasta el cementerio, que era el extremo noroccidental de la villa. En la casa se habían refugiado los presos liberales de los mil días que se fugaron del Panóptico por una alcantarilla, entre ellos Foción Soto, cuya barriga monumental casi frustra su fuga cuando se quedó trabado en el hueco. Años más tarde sería el propio Arciniegas quien cambiara la destinación de aquél sitio desapacible y lleno de horror: “los patios de la cárcel eran escuelas para graduar

asesinos”. En el año 45, luego de fundar la Revista de América, cuando pasó al Ministerio de Educación, decidió convertir el deplorable Panóptico de su infancia de prisión en Museo Nacional. Entonces se inauguró a toda prisa la Cárcel Modelo para pasar allí los presos. Arciniegas había notado que, paradójicamente, en un país donde el 60 por ciento de la población era analfabeta, los presos eran los únicos que sabían leer y escribir, hasta en las paredes de las letrinas. Así, en la universidad presentó una monografía sobre *La escuela en Colombia como factor del delito*. Por supuesto, se rajó y tuvo que habilitar.

Buen estudiante, mal esclavo, es notable su repudio por lo que llamaban “cinco en conducta”, que no era otra cosa que “hacer del estudiante un mozo servil y no un estudioso”. El joven Germán sólo respondía a los estímulos intelectuales, jamás a la arbitrariedad de los malos profesores que repetidamente lo “rajaban”, o al tedio del dormitorio que eran las clases de Abadía Méndez, quien como presidente decidió llevarse a sus alumnos a estudiar a palacio. “Ni hablemos de las clases de Abadía Méndez”, en las que “sólo se oía la trituration de chicharrón”. Cómplice de los “ausentistas justificados”, cuando tomaban lista en clase del doctor Holguín y Caro, que “no hacía sino leer lo más aburrido que se ha escrito en el mundo”, contestaba en voz alta por todos los que no asistían. En el mismo estilo hay en el libro alguna anécdota muy divertida sobre las clases de Antonio José Uribe.



Agitador juvenil, se dedica gran parte del primer volumen a esa vida de estudiante inquieto e incluso camorrero contra el *establishment*. Quizá se dedica demasiado espacio

a la larga presentación de Tamí Espinosa y al discurso que a la muerte de éste, un humilde estudiante, pronunció Alfonso Duque Maya, y no se entiende bien a qué viene tanto espacio dedicado a aquello.

Afloran entonces los defectos de esta obra; por tratarse de transcripciones literales, se repiten mucho los mismos tópicos, los mismos relatos y a veces el todo luce totalmente deshilvanado cuando no confuso y hasta risible como cuando Bioy Casares se convierte en la transcripción en Bloy y a Casarez (t. I, pág. 301).

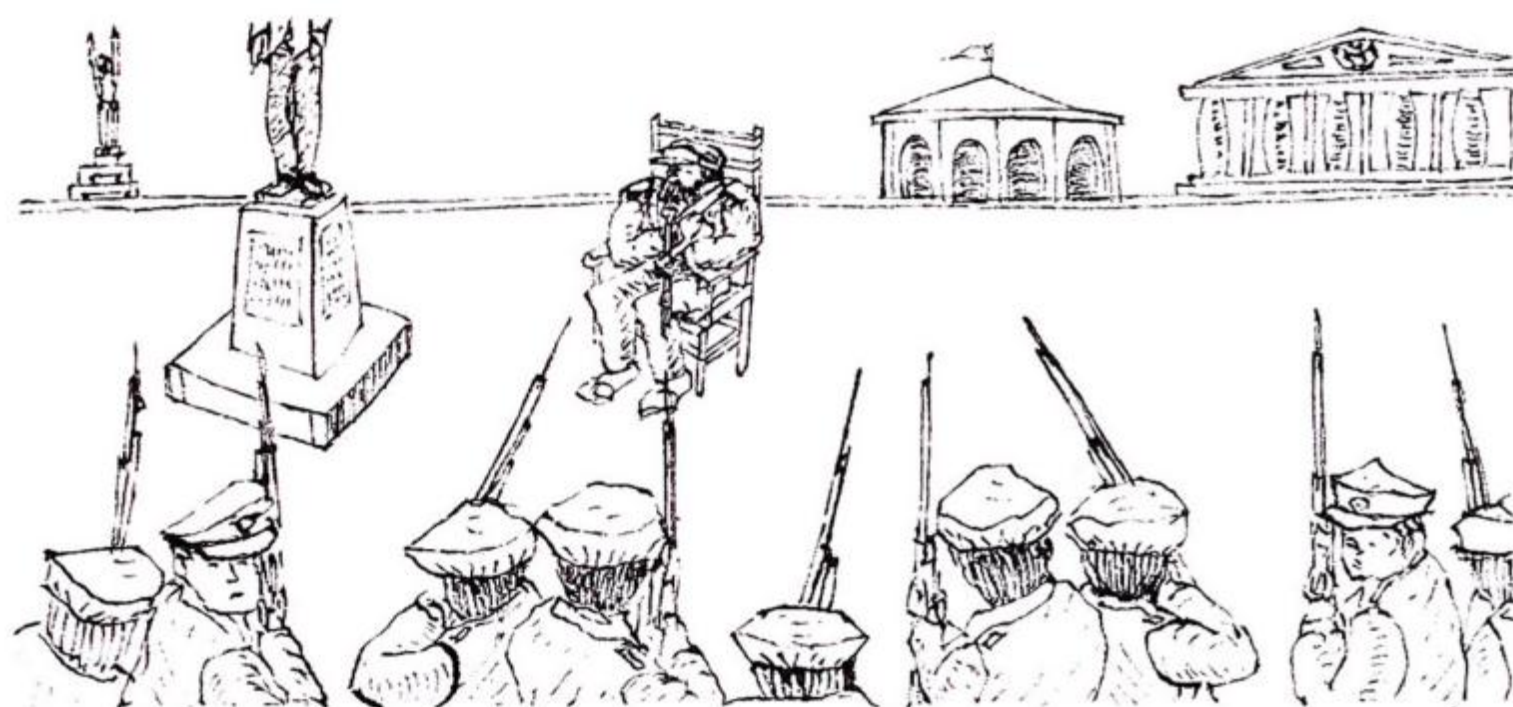
porque habían solicitado clausurar la Universidad de Cartagena porque en la facultad de medicina habían organizado una sala para estudiar lo relativo a la maternidad. La verdad, confiesa, es que, como descendiente de radicales, saboreaba cuanto se escribía contra los curas. De ahí su atenta lectura de Vargas Vila, al que encontraba “tan desabrochado que parecía costeño”. El padre Ladrón de Guevara por entonces desaprobaba en *Novelistas malos y buenos juzgados por el P. Ladrón de Guevara de la Compañía de Je-*

varias ocasiones a puestos diplomáticos que él utilizaba para conocer a las figuras de la intelectualidad que le apasionaban. De allí nacieron amistades profundas con Victoria Ocampo y con Gabriela Mistral.

Tres grandes e idílicos amores tuvo Arciniegas, según Cacia Prada: dos Gabrielas y una Simonetta, la Vespucio. Gabriela, su esposa, y Gabriela Mistral, una mujer que era mucho mejor cuando conversaba que cuando escribía. Por cierto este libro trae una crónica de lo que fueron los últimos días de la Mistral, de primera mano, en la compañía de Doris Dana, una estudiante que viajó a entrevistar a Thomas Mann en Los Ángeles y que primero quiso entrar donde Gabriela a saludarla y notó de inmediato que una enfermera la mantenía encerrada y dopada con barbitúricos, y que la explotaba, algo que nos recuerda los últimos días, igualmente patéticos, de Marguerite Yourcenar.

Pero los tres grandes amigos de Germán Arciniegas fueron Eduardo Santos, Alberto y Carlos Lleras... Creía que Alberto Lleras iba a ganar el Nobel de literatura, lo cual ha sido refrendado por nadie menos que García Márquez cuando escribió que “Alberto Lleras Camargo era un gran escritor que fue dos veces presidente de la República”. “Era un escritor increíble —dice Arciniegas—, pero muy bohemio”, con “una vocación de escritor, la mejor que he conocido”. Alberto Lleras era tan bohemio que una noche se acostó en Bogotá y amaneció en Buenos Aires. “La política perdió al que habría sido el más grande escritor colombiano”.

Sus anécdotas son encantadoras y, por otra parte, si no las contara, se perderían para siempre, porque sólo él veía esos gestos coloquiales, esos detalles cotidianos, lo sublime y lo ridículo que pasan por encima del ojo del historiador. Nos recuerda esa imposibilidad de hacer la historia a partir de los archivos. “La historia tiene que extraerse de fuentes muy diversas para que tome vida”. (t. II, pág. 656). Es él quien nos cuenta cómo la mamá decía a



Pero hay largos pasajes particularmente gratos, y son los dedicados a la historia de los reinados en Colombia, que aún está por escribirse y que es muchísimo más interesante de lo que a primera vista parece si nos limitamos a lo que conocemos de Cartagena. Los reinados estudiantiles fueron quizá los eventos más importantes de la capital durante muchos años, y su pionero y realizador fue, desde luego, Arciniegas. Eran eventos muy simpáticos. Las reinas nombraban gabinete ministerial y su influjo fue desde un comienzo tan grande en la vida política y social del país que con la candidatura de Elvira Zea entraron las mujeres por vez primera a la universidad, de la que no volverían a salir. La primera reina de los estudiantes, y una de las mujeres más hermosas del país, fue Maruja Vega, abuela del anterior presidente de la república.

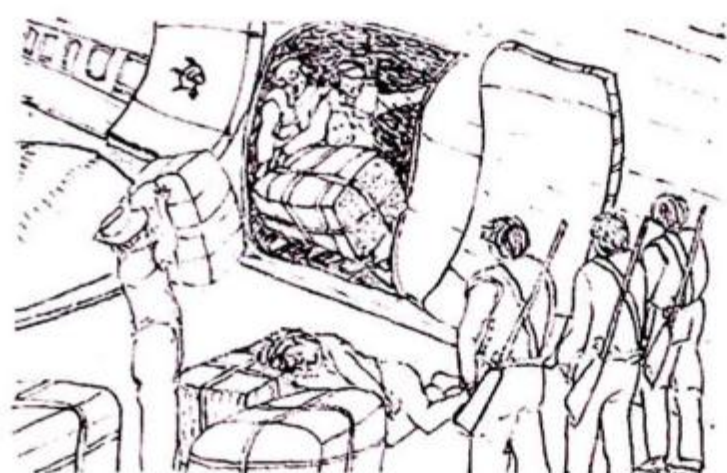
Desde muy temprano Arciniegas fue profesor. Enseñó sociología, aunque lo hacía “como le daba la gana” y se enfrentó a tres obispos

sús casi toda lectura: “Cuanto más estimamos a Cervantes, tanto nos es más sensible vernos obligados a notar en el Quijote y en otras de sus novelas pasajes de mayor o menor peligrosidad para la castidad de los lectores. Hay ediciones, por fortuna, en las cuales se han corregido esos capítulos...”. Hasta Isaacs, para el benévolo inquisidor literario, era obsceno.

Las pilatunas de los estudiantes de la época a veces llevaron a desenlaces desgraciados, como la absurda muerte del estudiante Gonzalo Bravo Pérez por culpa de un perro al que le amarraron una lata a la cola. Hacia 1921 ya encontramos al grupo que se autotituló “Los Precoces”: Nicolás Llinás, Augusto Ramírez Moreno, José Camacho Carreño, Hernando de la Calle y Germán Arciniegas.

Cuando se dio un cupo en la Cámara de Representantes a los estudiantes, el elegido fue, por supuesto, Germán Arciniegas. Y así comenzó una vida política que lo llevaría en

Eduardo Santos cuando llegaba con las calificaciones del colegio: "Hijo, tú vas a ser presidente de Colombia". Santos era muy prudente, pero no resistió en alguna ocasión la imprudencia de Arciniegas y, después de un discurso de éste contra Núñez, "el sátiro del Cabrero", Eduardo Santos lo llamó aparte y le dijo: "Usted es un animal. Usted cómo hace esas cosas".



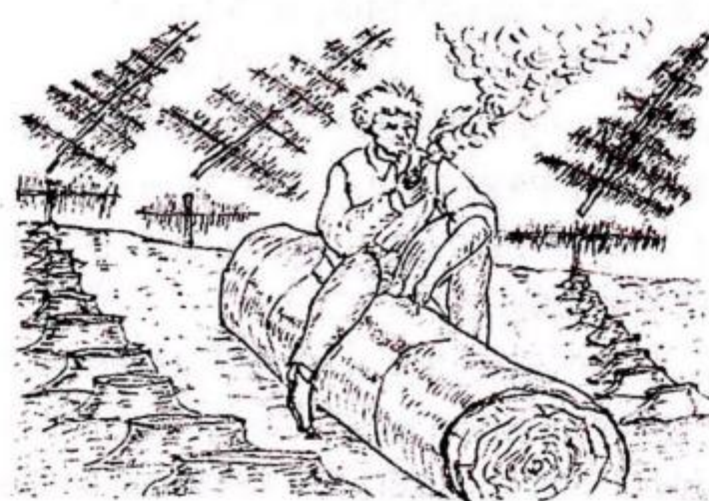
Sus retratos de personajes son igualmente pintorescos, como éste, de Olaya Herrera (pág. 254): "Olaya era imponente, por lo alto, y más cuando levantaba el brazo. Claro que cuando hablaba nadie sabía lo que decía porque tenía un defecto en la lengua y no podía vocalizar, pero la arrogancia en el gesto seducía y arrancaba grandes aplausos". Cuando ganó las elecciones lo llamó por teléfono, a lo que Olaya le contestó: "Germán, usted es el tipo más inoportuno del mundo. Me ha interrumpido la lectura de algo maravilloso: un tomo de discursos del presidente Wilson. Y ahora sale con esa noticia".

Otro retrato divertido es el de Teresita Cuervo, primera directora del Museo Nacional: "Teresita era una especie de Eduardo Lemaitre con faldas en su embeleso fanático por Laureano Gómez [...] veneraba a Laureano y acabó abriendo en el eje del edificio una sala consagrada a glorificarlo".

Así prodiga esas declaraciones sin aristas, que resultan deliciosas: "Bolívar podía pensar lo que pensara. Lo que le decía a la muchedumbre era ininteligible" (t. II, pág. 657). Lo mismo puede aplicar, con justicia, de Tagore: "Uno no tiene ni idea que es lo que dice Tagore", al que compara con Juan Ramón Jiménez. Otro

retrato pintoresco y digno del mayor interés es el de Ramón Gómez de la Serna ("era el tipo más genialmente divertido que haya conocido en mucho tiempo"), que escribía invariablemente en tinta roja sobre hojas amarillas y que desayunaba a las siete de la noche, a las doce almorzaba y en la madrugada comía antes de irse a dormir. Le decía Gómez de la Serna a Arciniegas sobre Buenos Aires, donde se divirtió más que el resto de su vida en España: "Me vine aquí de miedo y a conocer a Macedonio Fernández", el amigo de Borges, que era "loco como una cabra". Como Gómez era, además, muy celoso, dizque "se metía la trasnochada para acompañar a su esposa al peluquero".

Nos cuenta, para nuestro pasmo, que el poeta Oliverio Girondo tenía una inmensa colección de tunjos de oro colombianos. Declara de pronto que "la pirámide de Tikal es la torre Eiffel de la Edad de Piedra" o nos narra el episodio de la balsa de oro de Pasca —hoy por hoy, la pieza más célebre de nuestra orfebrería precolombina— y por qué extrañas circunstancias no fue a parar al Hermitage de San Petersburgo sino al Museo del Oro del Banco de la República, en Bogotá.



Y así continúa el libro, de cuento en cuento, de anécdota en anécdota. Nos descubre, por ejemplo, su amor por los judíos y por lo judío. Por allá bien adentrados en el segundo tomo hay una disquisición muy divertida sobre la discriminación de los santos americanos frente a los santos europeos. Pocos han reflexionado que el idioma oficial del cielo, o por lo menos de la zona destinada a los santos, debe de ser el italiano. "En Roma se canoniza presto cuan-

do el santo es italiano o europeo. El proceso de Juan Macías duró siglos en la heladera". La proporción de santos americanos es tan paupérrima que puede considerarse inexistente. En Europa, dice Arciniegas, el santoral está cuajado de reyes, filósofos, heroínas y caballeros de lanza en ristre. Cuando al papa le dicen que Rosa de Lima es santa, responde: "¿Mujer, limeña y santa? ¡Como si ahora llovieran rosas!". Y dice la tradición que entonces llovieron rosas.

El segundo volumen, un poco inferior al primero, consigna y deja memoria de multitud de eventos, homenajes, en una especie de *au jour le jour* que podría titularse *Una gloriosa vejez*. Cagua hace una breve reseña de cada una de sus innumerables revistas. Correo de los Andes fue la última, "la mejor revista humanística y literaria que circuló en Colombia en la década del ochenta", en la que todo el trabajo lo hacía él mismo, en su oficina de la calle 92 de Bogotá. Su comentario al tener que cerrarla por falta de patrocinio es memorable: "No es la primera vez que me toca asistir a funerales de este género. Claro que cuando se ha vivido tantos años se es experto en ceremonias fúnebres".

En el año 92 estuvo en la lista de los secuestrables. Ante el secuestro masivo de la iglesia La María en Cali protestó: "El imperio de los bárbaros. En Colombia, los malhechores están por encima del más rico de los ricos".

Al final de la obra hay una presentación de nuestro colega abogado javeriano, el doctor Cagua Prada, y de su impresionante bibliografía, que llega a ser intimidante por su misma riqueza.

Es posible que Bolívar, García Márquez, Fernando Botero lo hayan superado en algunos ámbitos, pero como hombre integral, Germán Arciniegas ha sido sin duda el colombiano más universal de todos los tiempos. No le faltaba razón a Hernando Santos Castillo cuando afirmaba en 1989 en el editorial de El Tiempo: "¿Quién ha escrito más que Germán Arciniegas en un periódico? Nadie. ¿Quién ha editado

más revistas y escrito libros? Nadie. ¿Cuál colombiano puede superar el prestigio que tiene Arciniegas en el exterior, especialmente en el campo de los temas americanos y el de la libertad? Creemos que ninguno”.



En su último cumpleaños, Germán Arciniegas le dijo al autor de esta biografía: “Tenía yo el deseo de cumplir cien años. No se lo había dicho a nadie porque era demasiado querer. Ya hoy, a dos años de distancia del término fijado, gracias a Dios voy llegando a lo que parecía una vana ilusión. ¿Para qué vivir cien años?”. Borges a lo mismo hubiera respondido con ironía, como tras la muerte de su madre, a los noventa y nueve años de edad: “Admiro su pasión por el sistema decimal”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

“Un ejercicio lúcido de historia contemporánea”

Los oficios médicos del sabio. Contribución al estudio del pensamiento higienista de José Celestino Mutis

Adriana María Alzate Echeverri
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, Colección Clío, 1999, 102
págs., il.

De la lectura, espero que transforme o que por lo menos inspire en mí un deseo de transformación de mi punto de vista. Cuando esto no

me sucede con un texto, lo olvido fácilmente. No es este el caso con el libro que acabo de leer, pues me ha ayudado a transformar y a criticar mis ideas previas sobre Mutis. También para un eventual lector ignorante de Mutis y de su obra, es un libro muy recomendable, porque sirve a la vez de apertura a los temas mutisianos y de introducción a un tema que la historiografía había apenas tocado: el de Mutis higienista. La autora no lo dice textualmente, pero lo muestra apoyándose en una lectura directa de Mutis y en una lectura indirecta de varios de sus contemporáneos: con Mutis comienzan el saber, los discursos y la práctica de una nueva higiene urbana en Nueva Granada, inspirados en innovaciones científicas, políticas y económicas europeas del siglo XVIII. Esta obra muestra bien el importante papel de divulgador de esas innovaciones desempeñado por Mutis en territorio neogranadino.



El libro se compone de una introducción, seis capítulos y una conclusión. Contiene un índice analítico en el que se encuentran a la vez nombres propios y comunes. Al final, presenta una bibliografía generosa y coherente en la que hay algunas ausencias inexplicables. También contiene algunas imágenes que desempeñan el mismo papel que las “ilustraciones” en la “Ilustración insuficiente” española del siglo XVIII: el de iluminar o “adornar con láminas”, que no son analizadas como fuentes en el tex-

to, y esto es lamentable, porque se trata de iconos bien escogidos y cargados de sentido.

La introducción y el primer capítulo están formados a partir de una investigación bibliográfica no exhaustiva, sin aportes novedosos desde el punto de vista documental o del análisis. En esta parte, la autora resume los lugares comunes de la historiografía sobre el tema de las reformas borbónicas y sus intenciones de orden económico y político en la Nueva Granada, y hace un resumen de la vida de Mutis, en el que repite los datos ya conocidos. Tal vez esta repetición se deba a que se trata de un personaje muy estudiado, en el mundo hispanoamericano, por la historiografía de las ciencias y por la de las ideas. En esta misma parte, señalo un gran olvido por parte de la autora, y es el estudio de Elisa Mújica *La Expedición Botánica contada a los niños*, una biografía intelectual de la Real Expedición Botánica relacionada con la vida y oficios

de Mutis, que presenta estos acontecimientos escapando a los clichés acumulados en los siglos XIX y XX por la práctica tradicional de la historia patria.

Un detalle didáctico sin importancia aparente es que varias de las obras citadas en francés existen en español desde hace años. Pienso que, de acuerdo con una actitud honesta hacia el lector, un investigador debe contar con el estado del saber en su propia lengua, antes de aventurarse a citar en otros idiomas. Por el contrario, una gran ventaja del sistema